



Historia y Grafía
ISSN: 1405-0927
comiteeditorialhyg@gmail.com
Departamento de Historia
México

Hartog, François
Archivos e historia (1979-2001)
Historia y Grafía, núm. 28, 2007, pp. 127-142
Departamento de Historia
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=58922907006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Archivos e historia (1979-2001)

FRANÇOIS HARTOG

EHESS-París

RESUMEN

En un breve recorrido se exponen las diferentes funciones que el archivo, como edificio donde se guardan los documentos, ha tenido en Francia de principios del siglo XIX a la actualidad. El archivo no se estudia como una entidad dada o aislada, sino como una entidad inscrita en una serie de mediaciones (investigación histórica, archivística, memoria y patrimonio nacional) y como el producto histórico de la sociedad. Además se destaca la relación que se entabla entre paradigmas historiográficos y concepción del archivo: del archivo que comunica la voz del pueblo (Michelet) hasta el archivo como depósito de verdades ocultas (la historia y el historiador como testigo ante los denominados crímenes contra la humanidad).

Palabras claves: Archivo, historia, memoria, patrimonio, Estado.

ARCHIVES AND HISTORY

In a brief review, the article explores the different functions of the national archive, and how it is created as a function of the State, like they have had in France since the beginning of the 19th century. The analysis isn't approached as if the National Archives were an isolated or given entity. Rather the archives are studied as an entity inside a series of mediations (historical investigation, memory, and national patrimony) and studied as the historic

product of society. Furthermore the emphasis on the relation between historiographic paradigms and concepts of the National Archive: of the National Archive that communicates the voice of the people (Michelet) until the National Archive begin to be seen as a deposit of hidden truths (the history and the historian as witnesses before the named crimes against humanity.)

Key Words: Archives, history, memory, heritage, State.

Para el mundo antiguo la historia se hace *porque no se tienen* documentos. Para el mundo moderno no se hace, *porque se tienen*.¹

Charles Péguy.

Porque se tienen documentos, porque se tienen *demasiados*, quería por supuesto decir Charles Péguy. ¿Qué escribiría hoy, considerando que desde 1945 la masa documental se ha quintuplicado y alcanzaría para cubrir más de tres mil kilómetros lineales²? ¿Qué debemos hacer ante tal producción masiva? ¿Conservarlo todo? ¿Con qué quedarse (tal es la interrogante de los “nuevos archivos”), cómo conservarlo? ¿Y los archivos? ¿Cuántos kilómetros de estanterías podrían solicitar (o, mejor dicho, han solicitado) los sucesivos ministros de la Cultura? Preguntas anexas: ¿en qué sitios repartirlos? ¿En función de qué criterios separarlos o agruparlos? Tales son algunos de los problemas que se vienen planteando desde años atrás y que siguen vigentes para un mañana que ya está aquí. A tales aspectos técnicos y políticos se suman en el caso específico de Francia, provenientes del ayer, otras cuestiones: las que tienen que ver con la historia de los últi-

¹ Las cursivas son mías.

² Jean Favier y Daniel Neirinck, “Les archives”, *L'histoire et le métier d'historien en France, 1945-1995*, dirigido por François Bédarida, París, Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1995, pp. 89-110. Útil como balance descriptivo, este texto carece por lo demás de realce alguno.

mos dos siglos con la institución de los Archivos y, especialmente, los problemas (a menudo señalados en el transcurso de la última década) relativos a las condiciones legales y prácticas de acceso a los archivos contemporáneos.

En lo que atañe al marco legal, los franceses hemos transitado en los últimos veinte años de la ley de 1979 (la primera de su tipo desde la Revolución) a la espera de una nueva ley: 1999 debería haber sido “el año de los archivos”. En 2005, se sabe que finalmente no habrá ley... Si transcurrieron casi dos siglos antes del establecimiento de nuevas leyes, ¿por qué era preciso acudir tan pronto otra vez al legislador? La ley de 1979 parecía estar hecha para durar. Por vez primera, en efecto, se daba una definición –muy amplia– de la noción misma de archivos. “Los archivos son el conjunto de documentos, independientemente de su fecha, su forma y su soporte material, producidos o recibidos por toda persona física o moral, así como por todo servicio u organismo público o privado, en el ejercicio de su actividad”.

La conservación de tales documentos se organiza “en aras del interés público, tanto para satisfacer las necesidades de la administración y de la justificación de los derechos de las personas físicas o morales, públicas o privadas, como para documentar históricamente la investigación” (artículo primero). También en 1979, una resolución administrativa había fijado las misiones de la Dirección de los archivos de Francia: “administrar o controlar los archivos públicos que constituyen la memoria de la nación y parte esencial de su patrimonio histórico”. Tal como lo ha señalado Krzysztof Pomian, toda la problemática de la ley está marcada por “la oposición entre la memoria y la historia”.³ O, más exactamente, por su yuxtaposición. Se habla de memoria, de nación y de patrimonio histórico. ¿Cómo se articulan estas diferentes nociones, que también sirven para circunscribir misiones? De allí

³ Krzysztof Pomian, “Les archives”, *Lieux de mémoire*, 3, 3, París, Gallimard, 1992, p. 163.

derivan diversos conflictos posibles. ¿Dónde acaba la memoria y dónde empieza la historia? ¿Quién lo decide? Ése es justamente el punto que genera protestas relativas a los plazos para consultar los archivos y al régimen correspondiente de derogaciones (con su inevitable cauda de sospechas).

“Memoria de la nación”, “patrimonio histórico”: 1980 fue el año del patrimonio. Los engranajes del patrimonio se pusieron en movimiento y, si bien se dio cabida a los archivos, los archivistas tuvieron probablemente la impresión de haber sido marginados, pues los museos y las bibliotecas obtuvieron durante los años dedicados al patrimonio un mejor éxito de taquilla. El príncipe decidió erigir una “muy gran” biblioteca, ¡mas no así un muy gran centro de archivos! Sin embargo, los archivos departamentales, que dependen de los consejos generales, dispusieron de mayores recursos; y una cantidad importante de ciudades medianas ha creado en los últimos veinte años servicios de archivos modernos, precisamente para responder a las nuevas demandas.

Desde hace tiempo, los historiadores —a los que se enseña que “la historia se hace con documentos”— han emprendido el camino de los archivos. Michelet se jactaba de haber sido uno de los primeros en hacerlo así. La imposición paulatina, gracias a los *Annales*, de una historia económica y social, basada en los conteos y en la constitución de series, y que recurre al procesamiento estadístico de los datos y a la computación, ha hecho aumentar más que nunca la visita a los archivos. Pero lo que en ellos se busca es diferente: registros parroquiales, actas notariales, series demográficas. Los historiadores modernistas son los pioneros de esa “nueva archivística”. Se agranda la distancia entre archivo y acontecimiento, entre archivo y memoria. Por sí mismo, el archivo no dice nada o casi nada; en efecto, deja de ser algo dado para convertirse en algo producido, y se convierte en un objeto de segundo orden: abstracto. Tal como lo decía Michel de Certeau, el archivo borra la interrogación genealógica que lo hizo nacer, para convertirse en la herramienta de una producción.

De hecho, por aquellos años (1970 y 1980) se solía hablar, siguiendo el ejemplo de Foucault, del “archivo” en singular (aun cuando entre “el archivo” de *La arqueología del saber*, concebida como sistema general de la formación y la transformación de los enunciados, y “los archivos”, la transición no era realmente inmediata). Uno de los *dossiers* de la revista *Traverses*, publicado en 1986, lleva precisamente por título *El archivo*. Si bien la interrogante central se refiere a esa voluntad emergente de archivarlo todo, muchos de los artículos tratan de *los* archivos y de memoria colectiva. Con *Le goût de l'archive (El gusto por el archivo)* de la historiadora Arlette Farge, que data de tres años más tarde (1989), se pasa de un archivo a otro, aun cuando sigue haciéndose referencia al período moderno (el siglo XVIII y los archivos judiciales). El archivo en cuestión ya no es la abstracción, el objeto de segundo orden, sino por el contrario el documento en su materialidad; ya no es la serie, sino el testigo, lo singular, sin que ello implique dejar de ejercer una mirada crítica. Tal o cual prisionero de la Bastilla, como bien dice la autora, “fugitivo transeúnte del archivo, es un ser de razón, puesto en discurso, que la historia debe tomar como interlocutor”.⁴ Se retoma el camino trazado por Michelet.

Puesto que ni los archivistas ni los historiadores trabajan en estado de ingravidez, es preciso poner en relación esos diferentes indicios y una coyuntura cambiante.⁵ Ciertos términos, que constituyen las palabras maestras de dicha coyuntura, la elaboran y la expresan. Citemos, entre otros, memoria y patrimonio (que ya figuraban en la ley de 1979), presente (el de la historia del tiempo presente o el del “pasado que no quiere pasar”), identidad, genocidio y crímenes de lesa humanidad, testigo, juez e historiador, transparencia y responsabilidad. Sin embargo, el *leitmotiv* de transparencia, por todos asumido una y otra vez, entra en opo-

⁴ Arlette Farge, *Le goût de l'archive*, París, Seuil, 1989.

⁵ François Hartog y Jacques Revel, “Note de conjoncture historiographique”, *Enquête*, núm. 7, 2001, pp. 10-28.

sición en el caso de los archivos con otro principio, igualmente reivindicado por todos, el de la protección de la vida privada. Si a lo anterior añadimos la caída del muro de Berlín y la apertura de los archivos del Este (y, durante algún tiempo, el consiguiente lote de exclusivas), tenemos a la vista los elementos que permiten dar cuenta de la intensa implicación en torno a lo contemporáneo, sin que ello impida –más bien al contrario– una fuerte demanda memorial. En efecto, en Francia, todo contribuyó (con los juicios por crímenes de lesa humanidad como telón de fondo) a brindar un valor medular a los archivos del período de Vichy, los de la guerra de Argelia y los de la colonización que no tardarían tampoco en salir del sótano.

Si los archivos constituyen “la memoria de la nación”, el deber de memoria y la exigencia (democrática) de transparencia implica que deben ser fácilmente consultables, y no de manera exclusiva por los investigadores acreditados. De allí que para interrogar los archivos predomine un vocabulario inspirado tanto en la crítica tradicional de las fuentes como en el ámbito judicial. El archivo es, en efecto, un testigo, una prueba; se habla de secreto, de disimulo, de confesión. Ya no se discute acerca de nueva archivística, ni siquiera acerca de “gusto por el archivo” sino, con Sonia Combe, acerca de “archivos prohibidos” (*Archives interdites*) –aunque no para todos– o de plano acerca de “confesiones de los archivos” (*Les aveux des archives*, cuya cuarta de forros informa al lector que cada página del libro “es una revelación”).⁶ Según el autor de esta última obra, Karel Bartosek, hubo en el fondo dos historias, “la que era simple apariencia” y “la que realmente aconteció”. Misma que, justamente, podrá ser descubierta en los archivos, ya que de manera paradójica –al menos a primera vista–, esos regímenes burocráticos fueron también celosos archivistas de lo que

⁶ Sonia Combe, *Archives interdites. Les peurs françaises face à l'histoire contemporaine*, París, Albin Michel, 1994; Karel Bartosek, *Les aveux des archives, Prague-Paris-Prague, 1948-1968*, París, Seuil, 1996.

en verdad ocurrió. Reaparece así la división entre lo que se ve y lo que no se ve, entre la apariencia o la ilusión y lo real.

Desde el “fichero judío” hallado en 1991 en el Ministerio de los Antiguos Combatientes (y finalmente entregado en custodia al Memorial judío) hasta los archivos de la manifestación del 17 de octubre de 1961 organizada por el Frente Argelino de Liberación Nacional, (FLN), salvajemente reprimida por la policía parisina. Los últimos diez años se han visto marcados por una serie de controversias públicas que han tenido amplio eco en los medios de comunicación: se cuestiona la ley de 1979, el funcionamiento de los archivos y, de manera más general, una cultura del secreto de la administración. Crispaciones en torno a los archivos y dolores de la memoria van de la mano.

¿Cuál ha sido el resultado? Los historiadores interpelados replicaron con severidad que había pesado sobre ellos la sospecha de ser investigadores domesticados. Tanta agitación parece haber tomado por sorpresa a los archivistas quienes, preocupados ante todo por hacer frente al veloz incremento de la masa documental y por adaptarse a los nuevos públicos, sólo atinaron a contestar: “Nosotros somos meros intermediarios entre las administraciones que nos abastecen y los lectores, y nos limitamos a aplicar la ley; de hecho, otorgamos derogaciones siempre que nos es posible.” Por añadidura, los archivos no empiezan en 1940, por más que a veces parezca –por influencia del presentismo– que se reducen a los archivos contemporáneos.

Por su parte, el poder político, fiel a una costumbre de la que dan fe los Archivos, empezó por mandar elaborar un informe. De allí el informe Braibant, entregado al Primer ministro en junio de 1996 y seguido, dos años más tarde, por un segundo informe –el informe Bélaval– que lleva por nombre el apellido del director de los Archivos en aquella época (en noviembre de 1998). Ya sólo quedaba, solía decirse entonces, esperar 2001 y la nueva ley sobre los archivos (que de entonces a la fecha ha dejado de ser considerada oportuna).

Entre ambos informes hubo sin embargo, una circular del Primer ministro, fechada el 3 de octubre de 1997 (es decir, días antes del inicio del juicio contra Maurice Papon y poco después de la declaración de arrepentimiento de la Iglesia de Francia), que flexibilizó las reglas de consulta de los documentos relativos al período 1940-1945. Subrayando que “Es un deber de la República perpetuar la memoria de los acontecimientos ocurridos en nuestro país entre 1940 y 1945”, la circular invita a ir más allá en materia de derogaciones, sin atenerse a “la personalidad o la motivación de las personas que solicitan una derogación.” En suma, desde la perspectiva del poder político, se trata de la traducción en el ámbito administrativo del deber de memoria y cualquiera debe tener derecho a su derogación; mejor dicho, no se puede argumentar simplemente que alguien es una persona cualquiera para negarle el acceso a la información. Una segunda circular, con fecha del 5 de mayo de 1999, emitida por el mismo Primer ministro, Lionel Jospin, anuncia: “En un afán de transparencia, y por respeto a las víctimas y a sus familias, el gobierno ha decidido facilitar las investigaciones históricas en torno a la manifestación organizada por el FLN el 17 de octubre de 1961.” Una vez más, Papon establece el vínculo: el 26 de marzo de 1999 perdió la demanda por difamación que como ex prefecto de policía había interpuesto contra Jean-Luc Einaudi, por las opiniones vertidas acerca de las víctimas de la manifestación y su cuantificación.

Si bien el informe Braibant recomendaba en especial reducir los plazos de consulta (veinticinco años en lugar de treinta, cincuenta años en lugar de sesenta en ciertos casos límite), el informe Bélaval, que lleva por título “Pour une stratégie d’avenir des Archives nationales” (“Por una estrategia a futuro de los Archivos nacionales”), se concentra sobre la institución en sí. Destaca que convendría “poner fin a años de negligencia” y hace hincapié en “el papel cívico” que pueden y deben desempeñar los Archivos. Se pronuncia en pro de “un gran centro de la memoria moderna y contemporánea”, implantado en la región parisina, y sugiere crear

“una Ciudad de los Archivos para que los Archivos ocupen nuevamente el centro de la Ciudad.”⁷ Estamos aquí en el ámbito de las iniciativas ciudadanas en torno al tema de la sociedad civil.

Tales cuestionamientos, inscritos en la coyuntura actual y marcados por su impronta, permiten comprobar más cabalmente que los Archivos son una institución central y marginal a la vez. Ha sido tratada como algo marginal, aun cuando se ha subrayado su sitio central, esquizofrenia bastante común en la esfera pública. Si bien su pasado se encuentra evidentemente vinculado con la historia del Estado, su presente y su porvenir no dejan de depender de la función que en un futuro puede o podrá, quiere o querrá desempeñar el Estado —o no—. De hecho, en el seno mismo del Estado francés, los Archivos nacionales son desposeídos de la responsabilidad de los acervos de los grandes ministerios o de las asambleas soberanas. Así lo decidió también en 2001 el Consejo constitucional respecto de sus propios archivos.⁸

En cuanto a los archivos, voluntarios o involuntarios, escritos o figurados, transcritos o grabados, son un objeto de historia de pleno derecho, en torno a cuyas múltiples dimensiones (materiales, institucionales, intelectuales) archivistas e historiadores podrían reflexionar provechosamente en común. En suma, los archivos, con y sin mayúscula, pueden tener su propio momento historiográfico y su propio movimiento reflexivo, y a todos los interesados les convendría reconocerlo así.

⁷ Vincent Duclert, “Les historiens et les archives. Introduction à la publication du rapport de Philippe Béval sur les Archives nationales”, *Genèses*, núm. 36, 1999, pp. 132-62.

⁸ Vincent Duclert, “Les enjeux actuels de la politique des archives”, *Regards sur l'actualité, La Documentation française*, núm. 303, 2004, p. 63.

“La epistemología es una tentación que es preciso saber apartar decididamente” advertía hace no mucho tiempo Pierre Chau-
nu, al estimar que debería ser terreno reservado para uno o dos
maestros. ¿Acaso los historiadores cedieron a final de cuentas o
cedieron más que antes a esa “tentación” en el transcurso de los
últimos diez o veinte años? ¿Acaso fueron más los que se creyeron
grandes (o pequeños) maestros? Probablemente sí, según un buen
observador como lo es Gérard Noiriel, que juzgó necesario aler-
tar contra los “historiadores-epistemólogos” y “las aceleraciones
teoricistas.”⁹ Sin embargo, cabe recordar que él mismo, lejos de
defender un empirismo a ultranza o un (mítico) positivismo de an-
taño, defiende una definición “pragmatista” de la historia, donde
cabén los aportes de la pragmática. ¿Acaso hemos pasado del his-
toriodor que reivindica su condición de “artesano” en su taller al
historiador que, no temiendo ya asumirse como “epistemólogo”,
está dispuesto a aclamar una historia que ha entrado por fin a “su
era epistemológica”? Tal es la opinión de Pierre Nora. Inversa-
mente, podríamos encontrar sin dificultad numerosas declaracio-
nes que deploran el escaso afán epistemológico manifestado hasta
hace poco por los historiadores. ¿Afán excesivo o excesivamente
escaso? Más vale empezar por delimitar qué designa la palabra
cuando los historiadores la usan, ya sea para rechazarla o para
reivindicarla. En la mayoría de los casos, no se trata de un uso
riguroso del término. Por decirlo en pocas palabras, no todos los
historiadores se han vuelto asiduos lectores ni, mucho menos, ce-
ladores de la revista *History and Theory*.

¿De qué se trata, entonces? Primero y ante todo, en mi opi-
nión, de una postura reflexiva: no sólo la elaboración del cuestio-
nario, sino el cómo del cuestionario, su confección y los supuestos
que lo organizan. Las categorías de análisis no son datos cuya

⁹ Gérard Noiriel, *Sur la “crise” de l’histoire*, París, Belin, 1996, pp. 176, 207.

división preexiste a lo real. La objetividad no es separable de las formas de la objetivación. He allí una primera caracterización, inmediatamente visible, del proceder actual de los historiadores. De esta postura crítica (más o menos reivindicada, argumentada, explicitada según los casos), cada historiador, en su especialidad, podría fácilmente enumerar varios ejemplos. Así ocurre con la reciente obra de François Dosse, *L'histoire (La historia)*, que pretende ser una invitación a que los filósofos lean a los historiadores y a que los historiadores tomen en cuenta la filosofía de la historia. El libro fue publicado dentro de una colección universitaria (se apuesta entonces por un público de estudiantes y de preceptores) pero, cabe señalarlo, bajo la etiqueta de “filosofía” y no bajo la de “historia”. ¿Se trata acaso de una historia para los filósofos?¹⁰

De la misma manera, en la antología que lleva por título *Sur l'histoire (Sobre la historia)*, Krzysztof Pomian retoma sin cesar, texto tras texto, la cuestión de la historia como conocimiento del pasado, inscribiéndola dentro la perspectiva más amplia de una historia del conocimiento y de sus diferentes usos.¹¹ Cambiando de registro y de terreno, podríamos citar también, provenientes de los contemporaneistas (que no tienen fama de ser los más epistemólogos de los historiadores), dos libros que, por más que nieguen ser manifiestos, sí lo son al menos en parte: *Pour une histoire culturelle (Por una historia cultural)*, publicado bajo la dirección de Jean-Pierre Rioux y Jean-François Sirinelli, busca justamente “dar cuenta de una reflexión plural, de orden historiográfico y metodológico” sobre lo cultural.¹² Este libro había sido antecedido por casi diez años por *Pour une histoire politique (Por una historia política)*, dirigido por René Rémond. Desde luego, se trataba

¹⁰ François Dosse, *L'histoire*, París, A. Colin, 2000. Véase también, dentro de una colección de historia destinada a los estudiantes universitarios, Antoine Prost, *Douze leçons sur l'histoire*, París, Seuil, 1996.

¹¹ Krzysztof Pomian, *Sur l'histoire*, París, Gallimard, 1999.

¹² *Pour une histoire culturelle*, dirigido por Jean-Pierre Rioux y Jean-François Sirinelli, París, Seuil, 1997.

de hacer patente el retorno de la historia política, de otra historia política en realidad, pero también de abordar el fenómeno mismo “como un objeto de historia”, de historizar ese “retorno” y de ver en él una etapa “en el desarrollo de la reflexión que la historia lleva a cabo sobre sí misma”.¹³ Ni siquiera la biografía ha escapado al movimiento: Jacques Le Goff empieza, por ejemplo, preguntándose cómo es posible una biografía de San Luis.¹⁴

Un segundo rasgo característico consiste en el auge de la historiografía. La traducción al francés en 1983 de los *Ensayos de historiografía antigua y moderna* de Arnaldo Momigliano brinda un cómodo punto inicial de referencia,¹⁵ si bien las cosas empezaron a darse antes: *Faire de l'histoire (Hacer la historia)* anunciaba ya, desde 1974, una historia “que otorga un sitio cada vez más amplio y privilegiado a la historia de la historia”¹⁶ (aunque sin darle cabida todavía en los volúmenes mismos). En 1987, la creación de una cátedra acerca de la historiografía antigua y moderna en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales cabía dentro del mismo movimiento. Sin embargo, el punto más interesante y más novedoso lo brinda el acercamiento, frecuente en los textos de los historiadores, entre ambos términos: epistemología e historiografía. Tal pareciera que ambos se hacen eco, se completan, se corrigen o se matizan entre sí, como si lo que pretenden designar fuera en realidad una especie de mezcla, no una epistemología “dura” (demasiado lejana y abstracta), no una historia de la histo-

¹³ *Pour une histoire politique*, dirigido por René Rémond, París, Seuil, 1988, pp. 12, 19.

¹⁴ Jacques Le Goff, *Saint Louis*, París, Gallimard, 1996, y François Dosse, *Le pari biographique. Écrire une vie*, París, La Découverte, 2005.

¹⁵ Arnaldo Momigliano, *Problèmes d'historiographie ancienne et moderne*, París, Gallimard, 1983.

¹⁶ *Faire de l'histoire*, dirigido por Jacques Le Goff y Pierre Nora, París, Gallimard, 1974, p. xiii; K. Pomian defendía una nueva historia de la historia en un artículo publicado en 1975 en los *Annales*, “L'histoire de la science et l'histoire de l'histoire”, y Charles-Olivier Carbonell, *Histoire et historiens, une mutation idéologique des historiens français, 1865-1885*, Tolosa, Privat, 1976.

ria “llana” (demasiado internalista, el obituario de la profesión), sino una aproximación atenta a los conceptos y a los contextos, a las nociones y a los medios, y que toma cada vez más en cuenta sus articulaciones; que se preocupa por la cognición y la historización, pero que se muestra cautelosa ante los encantos de las sirenas reduccionistas. En resumen, se trata de algo así como una epistemología histórica o una historiografía epistemológica, que se ubica –insisto– en las antípodas de una disciplina o de una subdisciplina, constituida o en vías de constitución, reservada a unos cuantos especialistas más o menos autoproclamados y que se reproducen por sí mismos. De hecho, este movimiento y este momento a los que, por comodidad, podemos tildar de “reflexivos” (confiriéndoles así ese doble alcance epistemológico e historiográfico) atañen, además de a la historia, al conjunto de las ciencias sociales. Queda perfectamente claro que, para la historia, problemáticas y formulaciones se modulan en función del estado de las interrogantes en cada gran ámbito de especialidad y en función de los diferentes períodos.

Estos cuantos ejemplos, deliberadamente dispares pero de ninguna manera aislados, bastan para poner en evidencia ciertos desplazamientos y para indicar las recomposiciones del campo histórico –así como sus reajustes internos– en el transcurso de los últimos veinte años. No siendo éste el lugar para reconstituirlos, bastará con breves señalamientos. Una toma de conciencia de que el paisaje ha cambiado y sigue cambiando con rapidez se da a finales de los años ochenta. Se suele hablar entonces de tiempos de incertidumbre, de dudas, y de crisis de identidad de la historia.¹⁷ Dos puntos de referencia: por un lado, la invitación a la reflexión y el diagnóstico, acompañados de pistas y de propuestas, que proponen los *Annales*, en 1988 y 1989, bajo el título de “Tournant

¹⁷ El libro de Roger Chartier, *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétude*, París, Albin Michel, 1998, que reúne textos publicados entre 1983 y 1995, da fe de aquellos años y propone diversos análisis y pistas.

critique” (“Giro crítico”): una epistemología para tiempos de incertidumbre, justamente, en un momento en que la historia ha emprendido “un trabajo de redefinición de sus proyectos y de sus prácticas”,¹⁸ por el otro, el breve texto de Marcel Gauchet “Changement de paradigmes en sciences sociales?” (“¿Cambio de paradigmas en ciencias sociales?”), cuyo autor toma nota de “la rehabilitación de la parte explícita de la acción” y explora sus consecuencias para una historia política, en la que ve desde aquel entonces una “clave teórica y práctica de una historia global”.¹⁹ Desde luego, los cuestionamientos empezaron tiempo atrás. Así, la “operación historiográfica” de Michel de Certeau, que se convirtió a finales de los años setenta en una referencia capital para muchos, atrajo con fuerza la atención hacia la dimensión de escritura de la historia.²⁰

Por aquellos mismos años, la recepción de tres obras exteriores en mayor o menor grado al campo histórico subraya y refuerza este movimiento. La interrogación ya existente acerca de la escritura de la historia facilita la transición hacia la reflexión llevada a cabo por un filósofo que es también un lector atento y crítico de los historiadores contemporáneos. Hablamos obviamente de *Temps et récit* (*Tiempo y narración*) de Paul Ricœur, cuya recepción (al menos parcial) se produjo bastante pronto entre los historiadores.²¹ Era la época de las querellas en torno al “retorno del relato”, de la vorágine en Norteamérica del giro lingüístico; no tardarían en surgir las interrogantes en torno a la retórica, la ficción y la historia, mientras que lo posmoderno navegaba vien-

¹⁸ *Annales*, núm. 2, 1988, y núm. 6, 1989, p. 1322. *Les formes de l'expérience*, dirigido por Bernard Lepetit (París, Albin Michel, 1995), por un lado, y por el otro *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*, dirigido por Jacques Revel (París, Hautes Études Gallimard Le Seuil, 1996), prolongaron la reflexión.

¹⁹ Marcel Gauchet, *Le Débat*, núm. 50, 1988, p. 166, e *ibid.* núm. 103, 1999, p. 135.

²⁰ Michel de Certeau, *L'écriture de l'histoire*, París, Gallimard, 1975.

²¹ Paul Ricœur, *Temps et récit*, París, Seuil, 1983-1985.

to en popa, máxime que cada quien lo aderezaba a su manera. Indiscutiblemente, Ricœur ayuda entonces a plantear con rigor esas preguntas difíciles dentro de su complejidad. Con esa mirada externa, distinta de la de Lévi-Strauss, se pone nuevamente sobre la mesa la cuestión de la evidencia de la historia en todas sus dimensiones, antigua y moderna, filosófica y retórica, literaria y judicial.

Originaria sin duda del interior de la disciplina, pero nacida en Alemania, la semántica histórica, tal como la desarrolló Reinhart Koselleck, brinda justamente una propuesta que, por su movimiento, se inscribe plenamente dentro de una epistemología histórica. La traducción al francés de *Futuro pasado* data de 1990. Y, finalmente, proveniente de un vecino cercano, *Le raisonnement sociologique (El razonamiento sociológico)* de Jean-Claude Passeron, abre en 1991 un espacio común de reflexión y de trabajo para la sociología, la antropología y la historia, marcando con claridad la convergencia epistemológica de las tres disciplinas. Poco después la revista *Enquête*, con su exigencia de epistemología, pero aplicada al terreno, pone a prueba y prolonga esas propuestas en cada una de sus entregas.²²

Lo que he identificado aquí como una postura reflexiva, en la que se mezclan epistemología e historiografía, es un fenómeno de vasto alcance, pues no se limita ni a un tipo de historia ni, sobre todo, a la historia en sí.²³ Es posible datarlo: sale a plena luz en las postrimerías de los años ochenta, e iba por ende abriéndose camino desde diez años antes. Si bien no podemos separarlo de los movimientos más amplios de su coyuntura, no cabe duda que constituyó en un primer momento una respuesta –casi una reacción– ante el abandono de los grandes paradigmas de los años

²² *Enquête. Anthropologie, histoire, sociologie*, núm. 1, 1995. La revista se ha convertido ahora en una colección que, partiendo de las convergencias entre las tres disciplinas, interroga y confronta sus enfoques y procedimientos respectivos.

²³ François Dosse, *L'empire du sens. L'humanisation des sciences humaines*, París, La Découverte, 1995.

sesenta, cuando se solía anunciar, con mayor o menor alboroto, el retorno de esto o aquello. Sin embargo, ciertas problemáticas cuajaron rápidamente, con exigencias propias de indagación y de trabajo. Podemos citar, por ejemplo, la manera en que la historia social intentó abrir un espacio para los puntos de vista de los actores, recurriendo a la sociología de las convenciones. En otro registro, en aquel momento se asistió también al desarrollo de una forma de historia de “segundo grado”, cuyo laboratorio fueron los *Lugares de memoria*, sobre todo por el afán historiográfico permanente que los caracteriza.

Más profundamente, esa postura o ese momento reflexivo remite y responde a un cambio de nuestra relación con el tiempo, marcado por un hondo cuestionamiento del régimen moderno de historicidad y quizá por el surgimiento de un régimen de un tipo novedoso, en el que predominaría de manera duradera la categoría del presente: un porvenir cerrado, un futuro imprevisible, un presente omnipresente y un pasado visitado y revisitado sin tregua, de manera compulsiva.²⁴ En todo caso, la historia ha dejado de poder ser escrita desde el punto de vista del futuro o en su nombre. ¿Lo reflexivo era entonces acaso (tan sólo) una propuesta o una epistemología para tiempos de incertidumbre, en los que las relaciones con el tiempo acaban perdiendo parte de su evidencia? ¿Puede lo reflexivo estabilizarse? ¿A costa de qué reformulaciones? ¿A eso asistimos hoy? ☒

Trad. del francés: Haydée Silva

²⁴ François Hartog, *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, París, Seuil, 2003.